

Agradecemos a Diego Tomás Ivancich, hijo de Jaime Tomás Iruretagoyena (Irún, 16 de febrero de 1921- Madrid, 22 de junio de 1996), el que nos permita reproducir el único texto memorístico del psicoanalista irundarra sobre la figura de su padre.

María Bueno Martínez

LOS ÚLTIMOS TIEMPOS DE D. LEÓN IRURETAGOYENA CAMINO

Jaime Tomás Iruretagoyena

La guerra de 1936 no sorprendió a D. León Iruretagoyena, durante tantos años alcalde electo de Irún, en su ciudad natal, sino en Madrid, donde pasaba junto con su esposa nacida en Hendaya, una temporada con su hija menor, Juanita, el marido de esta, Francisco Tomás Rentería, y los dos hijos de esta pareja y nietos de D. León, Jaime y Ana María. En el mismo edificio vivían también su hija Julia, viuda del fundador de las Juventudes Socialistas en España, Tomás Meabe, el hijo de esta, Leonchu Meabe y una gran admiradora de D. León, Victoria Kent, que solía pasar los veranos en Irún, en casa de él, y a quienes los nietos llamaban “tía”. Durante esta época, D. León reanudó sus paseos de Irún, esta vez por el parque del Retiro de Madrid. Muchos, al ver a este anciano erguido, con barba y pelo blanco y su bastón, le saludaban, confundiéndolo con el marqués de X. Él, acostumbrado a los saludos que recibía en Mendivil y en el Paseo de Colón de Irún, respondía cortésmente al saludo.

Los primeros tiempos de la guerra civil, como los últimos, no fueron fáciles en Madrid. Aparte de algunos bombardeos esporádicos (los masivos no habían comenzado todavía), estaban los “pacos”, llamados así porque hacían pac-pac al disparar en la noche desde las azoteas, con el fin de crear una atmósfera de inestabilidad e inquietud. Eran en efecto contestados por descargas cerradas de los milicianos en la calle, entre gritos de ¡no tiréis así! Cuando esto ocurría era necesario abrir las contraventanas, cerrar las ventanas y encender la luz del interior con el fin de que este se viera mejor desde la calle, tarea que generalmente hacía Francisco Tomás y en ocasiones el propio D. León, con el riesgo de recibir una bala.

A finales de agosto nombraron a Francisco Tomás vicecónsul de España en París y D. León, su esposa María y la familia Tomás se trasladaron a Barcelona para esperar el permiso de pasar a Francia. Este viaje resultó cómodo. Las vicisitudes del frente hacían que para ir de Madrid a Barcelona, en aquella época, había que pasar dando la vuelta por Valencia. En la noche se encontraron con un tren, todavía ardiendo, recién bombardeado. Finalmente, llegaron a Barcelona.

Allí había desfiles de las tropas que iban al frente y un día desfiló un batallón de Irún, cuyos integrantes, al reconocer a D. León al borde de la acera y, por qué no decirlo, al borde de las lágrimas también, rompían filas e iban a saludarlo. También en Barcelona se enteraron de una terrible noticia: León Meabe, nieto, como dijimos, de D. León Iruretagoyena, era químico y había muerto en el estallido de una fábrica de explosivos en Madrid. En el mismo accidente perdió un ojo el conocido biólogo Faustino Cordón.

La familia pudo pasar del lado francés a fines de setiembre o primeros de octubre de 1936 y nunca olvidarían la sensación de paz que producían del lado francés una máquina haciendo maniobras en la estación de *Cerbère* y unas tortillas, primeros huevos que comían en meses. Llegados a París fueron a vivir a la pensión du *Bois de Boulogne*, 37 *avenue du Neuilly*, y allí don León reanudó sus paseos, esta vez con un paisaje más parecido a Irún, en el *Bois de Boulogne*. Cuando su yerno Francisco Tomás fue nombrado Cónsul encargado del Consulado General de España en Francia, fueron a vivir a este Consulado, 165 *Boulevard Malesherbes*, donde D. León y su señora tenían un piso para ellos. Pronto fue a vivir a París Julia Meabe, la hija de D. León a la que antes hicimos referencia, que había prohiado un niño huérfano de la guerra civil, pero que nunca pudo sobreponerse a la pérdida de su único hijo, después de la de su marido.

Finalizada la guerra civil en 1939, la mayoría de la familia quería quedarse en Francia, pero Francisco Tomás, con visión profética, dijo que la segunda guerra mundial estaba a las puertas y que dentro de poco los alemanes estarían en las calles de París. También Francisco dijo a su hijo: “no sé si el día de mañana dirás que eres el hijo de un hombre honrado o de un idiota, pero la caja del Consulado es del pueblo español y yo he de entregarla a las autoridades franquistas”. D. León vendió entonces un par de pendientes de su mujer, con diamantes de tal tamaño, que bastaron para pagar la ida de toda la familia a México (5 personas). La familia se trasladó entonces a *Le Havre*, en *Sainte-Adresse*, el extremo del Cabo de la *Héve*, a esperar, como tantos otros, el barco que debía conducirles

a América. Se embarcaron por fin en el “Champlein”, barco de la Trasatlántica francesa que se hundió en el viaje siguiente, ya en plena Guerra Mundial, al chocar contra una mina alemana. Acudió a despedirles Victoria Kent, pero fue imposible distinguirla, desde arriba, en medio del gentío que llenaba los muelles. Con ellos se embarcó la familia Manzón. Eduardo Manzón había sido Canciller del Consulado de España en París y había perdido a su hijo mayor en el frente del Ebro.

Llegados a Nueva York, pudieron contemplar una escena, calco de la de una película de Charlot sobre emigrantes que llegaban a los Estados Unidos. Antes de entrar a puerto debieron fondear en el río debido a la niebla y al disiparse ésta apareció la estatua de la Libertad con gran contento de todos. Minutos después subió la policía a bordo y condujo a todos los españoles menos a las familias de Tomás y Mazón, por haber sido Francisco Tomás y Eduardo Mazón empleados del consulado de España en París, a la Isla de Ellis, donde debían esperar el barco que los condujera a México. Desembarcaron, en medio de un calor insoportable, y después de unos días en Nueva York, tomaron el autobús de una conocida empresa norteamericana de que debía conducirlos a la frontera. En aquella época no se utilizaba el aire acondicionado como hoy y la refrigeración se hacía con grandes ventiladores en el techo de los hoteles y otros lugares públicos. En Estados Unidos atravesaron varias ciudades, como San Luis, Dallas, San Antonio, etc. El racismo brillaba con todo su esplendor en los estados del Sur y en ellos estaban separados los “hombres blancos” y los “hombres de color”, no solo en los autobuses, restaurantes y cafeterías, sino también en las fuentes para beber agua en los parques públicos. Llegaron así a Laredo, Tejas, y pasaron la frontera.

En aquella época tampoco México era lo que es ahora y pasar el Río Bravo significaba pasar de la limpieza a la suciedad y a las moscas. Tomaron allí un destartado autobús que les condujo a la ciudad de Monterrey. Allí descansaron unos días y al preguntarle a D. León en la agencia de viajes qué clase quería en el tren que les iba a conducir a la capital de México, él, acostumbrado a los ferrocarriles europeos, dijo que primera. Debería haber dicho *Pullman*, pues la primera resultó ser una especie de tranvía, lleno de mujeres con gallinas y bastante sucio. Siempre pulcro, no salió de los labios de D. León una palabra de queja durante todo su exilio. Al preguntar a sus compañeros de viaje por qué llevaban un vagón blindado lleno de soldados, detrás de la máquina, le contestaron: “La bola. La semana pasada los partidarios de Almazán echaron dos trenes al barranco”. Era la época de la sucesión de Cárdenas, a la que se presentaban dos

generales del ejército, Ávila Camacho y Almazán. Ganó el primero. El tren circuló lentamente durante la noche.

En la capital, alquilaron una casa frente a la Cruz Roja en la calle Monterrey, cerca de la Av. Insurgentes. La casa de al lado la alquiló la familia Mazón. D. León, siempre con su boina vasca, sus guantes y su bastón, reanudó sus paseos, esta vez en un paisaje más árido y seco, muy diferente a su Irún natal, el bosque de Chapultepec. No llegó a conocer, como conoció el resto de su familia, a buenos amigos mexicanos. Por aquella época los mexicanos distinguían dos tipos de personas entre los españoles: los “gachupines” que en lengua indígena significaba hombre a caballo, palabra con la que designaban a los que habían ido a “hacer la América”, y los “refugiados”, los que habían ido acogidos por el Presidente Cárdenas, como D. León y su familia, que contribuyeron no poco al resurgimiento de México y al progreso de su Universidad.

D. León tenía una salud de hierro, en parte debido a la vida sana que llevaba y a los 84 años tenía por todo arreglo bucal, dos muelas empastadas. La dentadura era muy blanca como su cabello y su barba. Meses después de llegar, el mismo día en que Italia entró en la Guerra, se sintió mal y se quedó en la cama. Su nieto Jaime entró en el cuarto para darle la noticia y preguntó ¿qué declaración ha hecho? Estas fueron seguramente sus últimas palabras. Esta noche moría de un ataque de uremia. El entierro lo organizó Indalecio Prieto, también exilado político, y a él acudió toda la colonia española. Fue una verdadera manifestación. Fue enterrado en el Panteón Español de México, donde poco después le siguió su mujer María. En esta época morían muchos exilados españoles, debido seguramente al stress y a la depresión que siguieron a la emigración.

Madrid, invierno de 1996.